

# LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

## UNA PEQUEÑA OFRENDA

### LA CARIDAD.

Mucho se declama en nuestros dias contra la falta de respeto y de culto á las antiguas y venerandas costumbres de nuestros mayores, pero sea que en nuestras jóvenes almas no puede menos de hallar simpatías la época en que vivimos, la sociedad en que tenemos nuestras afecciones todas, ó por otra causa, que dicho sea de paso, no nos esforzamos en investigar, lo cierto es que no vemos con tan tétricos colores como quieren pintárnosle los severos reformistas, el cuadro que la sociedad actual nos ofrece y confesamos con toda ingenuidad, que algunas de sus figuras han hecho latir de entusiasmo nuestro ardiente y sensible corazon.

Entre el estruendo de la alegre orgia, en los dorados salones del opulento magnate, en medio, en fin, del fastuoso y desordenado lujo, pronunciase con respeto y veneracion una palabra que hoy mas que nunca tiene el hermoso privilegio de conmover nuestras almas, dando un solemne mentís á los que nos acusan de egoistas y metalizados, esta palabra mágica es la *caridad*, y decimos mágica por que obra prodijios á su sola invocacion. Por ella el artesano marcha tranquilo al trabajo y sabe que sus hijos hallarán abrigo á la benéfica sombra de la caridad, por ella la triste viuda, la anciana enferma, la jóven desvalida, hallan doquiera trabajo para aliviar la miseria, amparo en su postracion, instruccion, consuelos provechosos y saludables para fortalecer su alma y adquirir la resignacion que en su triste estado han menester.

Y no hay medio que no se emplee para aliviar la suerte de nuestros hermanos pobres, sacrificio que nos parezca costoso para instruirles, esfuerzo que no baste para vestirles y alimentarles, hemos resuelto el humanitario problema de difundir la luz, de llevar la paz, la salud, la instruccion y la felicidad al hogar del pobre, sin sacrificio ni esfuerzo, haciendo que todo se preste y contribuya á la grande obra de la regeneracion de la clase obrera, que yacia encenagada en repugnantes vicios por que carecia de la educacion y los conocimientos morales y religiosos que son los que enfrenan las pasiones y hacen al hombre instruido, bueno y laborioso, inspirándole el amor al trabajo, la conciencia de los deberes que cada uno está obligado á llenar, y que son las únicas fuentes de bienestar y de dicha; do quiera que tendemos nuestra vista, hallamos escenas que conmueven nuestra alma y que nos hacen esclamar:

¿Qué importa que nuestro siglo sea materialista si su egoismo no le hace olvidar al pobre y explota en beneficio de los necesitados su lujo, su vanidad y hasta su libertinaje?

Y ora algunos jóvenes que olvidándose de los vanos goces, en que otros malogran y agostan su juventud, se agrupan bajo el benéfico manto del santo humanitario Vicente de Paul, y visten é instruyen á los tiernos niños, ora algunas elegantes y delicadas damas que con el fin de llevar el sustento y á veces la salud á los pobres necesitados, abandonando sus perfumados salones y suntuosas viviendas, se trasladan para ejercer la caridad á la miserable y nauseabunda boardilla del artesano que una enfermedad dejó sin trabajo y sin sustento.

Allí unos cuantos jóvenes instruidos y



laboriosos, consagran su inteligencia y sus conocimientos á enseñar al artesano, en esos círculos y casinos destinados á hacer de ellos obreros inteligentes y útiles á la patria y á la familia y arrancándoles, por medio de la afición al estudio, de las tabernas, del juego y de las casas de corrupcion. donde á la vez malgastan el tiempo, el dinero adquirido á fuerza de afanes y la salud y la tranquilidad de sus conciencias, mientras otros consagran las dotes de su inteligencia y derraman el balsámico y delicado aroma de las flores de su ingenio, para llevar el solaz á las familias y que estas á su vez por medio de la retribucion con que pagan sus afanes, lleven el consuelo, el alivio y el bienestar á los asilos de beneficencia donde se albergan tantos desgraciados.

Y aquí se forman sociedades para premiar la virtud, y el que la ejerce no muere ignorado.

Y se crean escuelas de artesanos donde los preceptores á mas del caudal de ciencia que derraman sobre el ignorante, costean los gastos que se originan, y se fomentan publicaciones como la presente cuyos productos se destinan á los asilos de beneficencia.

Y el huérfano halla por la caridad, madres amorosas que sustituyan á la que ha perdido, la viuda amparo y proteccion para criar sus hijos desvalidos, el enfermo facultativos y medicamentos que alivien sus dolencias, el ignorante instruccion y conocimientos y todo alivio en sus males, consuelo en sus desgracias y amparo y proteccion en sus necesidades.

¿Qué importa pues, que la vanidad, el orgullo y la ostentacion sea lo que mueve á algunos de los que ejercen la caridad, si ven en cada pobre un hermano menesteroso, y los resultados que produce esta clase de asociaciones son tan bellos y sus consecuencias tan fecundas? hé aquí por que nosotros que sin pararnos en las formas las mas de las veces, sin atender á las causas no vemos mas que los efectos, no podemos menos de esclamar:

¡Felices vosotros que así contribuís á aliviar al pobre, jóvenes entusiastas que consagrais vuestras vigiliass á llenar con vuestras bellas inspiraciones las columnas de

este *Semanario*, yo os ofrezco gustosa el miserable óbolo de mi inteligencia y me considero dichosa en poder contribuir con mi pobre tributo á llevar á cabo el noble pensamiento que os impulsa, siquiera sea la mia, la mas pálida figura de tan hermoso cuadro!

*Francisca Carlota del Riego Pica.*

Madrid.

## LA RELIGION. (\*)

Regnum tuum regnum  
omnium sæculorum: et do-  
minatio tua in omni ge-  
neratione et generationem.

DAVID SALMO CXLIV. v. 13.

### I.

De númen falto y con temor profundo  
hoy mi pléctro inarmónico se mueve,  
oh sacra Religion, alma del mundo,  
cuando á cantar tu escelsitud se atreve:  
solo en tu amparo mi esperanza fundo;  
inspirame tú, pues; mi canto eleve  
al brillo eterno que tu luz derrame  
y en ardimiento el corazon me inflame.

### II.

El Ser Eterno en su infinita ciencia,  
al hombre ingrato prodigarle quiso  
la hermosura, el candor, la inteligencia,  
un imperio sin fin, un paraíso:  
á la asechanza débil, su obediencia  
faltóle, y presto el tremebundo aviso  
del irritado Juez cambió su suerte  
al dolor condenándole y la muerte.

(\*) Inedito y dedicado por su autor á LA CARIDAD de la que es colaborador.



## III.

Mas en su justa cólera aplacado,  
«Un tiempo, dijo, llegará propicio  
de salud y de paz. Sufrá humillado  
la pena que le impongo en mi juicio.  
Será el Verbo la víctima. Al culpado  
redimirá el sangriento sacrificio.  
¡Espera, ingrato, á que el momento llegue  
que la serpiente su cerviz doblegue!»

## IV.

Ya los encantos del Eden perdidos,  
sus hijos mira la mujer culpable,  
de miseras pasiones poseidos,  
destruirse en su cólera implacable:  
y de una en otra edad mas corrompidos,  
el enojo, de nuevo, incesorable  
insensatos provocan del Dios fuerte  
que la tierra en unpiélago convierte.

## V.

Ya en la etérea region el sol colora  
iris de paz que le confirma al mundo,  
disipando la nube vengadora,  
aquel grato pronóstico fecundo  
de la felice edad que el hombre ignora  
y el arcano de Dios guarda profundo.  
De nuevo el orbe repoblado ecsiste,  
pero en su torpe ceguedad persiste.

## VI.

Concibe el hombre en su soberbia loca  
con su diestra tocar el firmamento,  
y la celeste cólera provoca  
que castiga su osado pensamiento:  
disperso entonces, por dó quier coloca  
de diversas naciones el cimiento,  
y en el curso del tiempo engrandecidas  
de su poder se muestran engreidas.

## VII.

Conoce el ser humano el alto empleo  
del mas perfecto don, la inteligencia,  
y brotan sin cesar á su deseo  
claros raudales de ignorada ciencia:  
el misterioso Egipcio y el Caldeo  
y el Fenicio enaltecen su ecsistencia;  
y el sábio Griego y el audaz Romano  
lós lauros ciñen del saber humano.

## VIII.

Mas, ay! que ciegos olvidados viven  
de su Eterno Hacedor, Unico y Santo!  
cuanto mas su saber, menos conciben  
en donde ecsiste la verdad en tanto:  
torpe y nefanda adoracion reciben  
sus símbolos y dioses; y al encanto,  
de su grosero culto en los deberes,  
se consagra de impúdicos placeres.

## IX.

Es el siglo de Augusto: el alto vuelo  
el águila imperial lleva triunfante,  
de orgullo henchida, por el limpio cielo  
del sacro Tibre á la rejion distante:  
cumplido mira su ambicioso anhelo;  
el mundo todo es suyo; y dominante  
al imponerle su obediencia ciega,  
á su ley y su culto lo doblega.

## X.

En la molicie y el placer sumida,  
Roma lasciva, degradada Roma,  
en su frente en la púrpura escondida  
ya ni el rubor de la vergüenza asoma:  
la ferrea lanza de Quirino olvida  
empuñar en su diestra, y solo toma  
la copa del festin que la embriaga  
y que los restos de su gloria apaga.





## XI.

Un misterioso malestar le ajita;  
teme y la causa del temor ignora.  
Tender su vuelo hácia el Oriente evita  
la reina de las aves triunfadora.  
¿Porqué fatal preocupacion escita  
el ver que Atenas en su templo adora  
á aquel ignoto Dios? ¿Y porqué tremen  
esos hijos de Rómulo? ¿Qué temen?

## XII.

Vaga inquietud el corazon conmueve  
de los pueblos do quier: desde el palacio  
del César á la choza, ¿quién promueve  
los rumores que pueblan el espacio?  
¿Llegó ya el tiempo en que cumplirse debe  
de aquel vate inmortal, honra del Lacio,  
de aquel *cisne de Mantua*, el vaticinio?  
¿A quien del mundo pasará el dominio?

## XIII.

Rompe la nube que oscurece el cielo  
rayo de luz desde el rosado Oriente:  
el águila imperial suspende el vuelo  
pues la deslumbra su esplendor ardiente,  
!Porqué así inspira tan fatal recelo  
esa fulgida estrella? ¿Qué presiente  
el inspirado augúr que anuncia al mundo  
prodigio tal, en su saber profundo?

## XIV.

¿Serán nuncios de paz sus resplandores?  
!Miradla en Bethelen! allí ha nacido  
un infante humildoso: á los fulgores  
que derrama dó quiér; han acudido  
á darle adoracion, reyes, pastores...  
!El mundo todo, pues, se ha conmovido!  
¿Y por suceso tal, de tal manera  
se ajita así la humanidad entera?

(Continuará).

Angel Lasso de la Vega.

## LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

## I.

Yo Guido Dabbene, cuya posicion social y circunstancias particulares sabreis mas adelante, viajaba por la región \*\*\* entre las altas é imponentes montañas de \*\*\* con direccion á \*\*\*.

Venia de K, en donde habia encontrado perfectamente bien de salud á mi amigo X, habia jugado al tresillo con Z, é iba á comer con Y, personaje dotado de un vientre bastante voluminoso y de nariz abultada y roja. Eran todos grandes hombres á quienes la fortuna sonríe de tal manera que el mundo jamás se ocupará de ellos.

Estabamos en verano y era poco mas del mediodia.

Estacion y hora del fastidio, del calor y de las tentaciones del demonio meridiano.

El demonio meridiano, es, por si no lo sabeis, aquel que os ataca mientras el alma deja en abandono al cuerpo durante la digestion del almuerzo y os instiga para haceros caer en el pecado.

El viejo coche que me conducia era peor y mas incomodo que los que se usan para conducir muertos, y tirado con trabajo por dos rocines que con la hipocresía de un trote ficticio andaban menos que al paso: el coche, como iba diciendo, levantaba nubes de polvo en un camino abrasado por el sol y estraordinariamente tortuoso á causa de los mil vericuetos de la montaña.

Seguimos caminando y al poco tiempo nos encontramos en parajes en donde nada daba ya señal de que seres humanos pudieran habitar en aquellos lugares.

Los montes se cruzan, los valles se multiplican y el camino va perdiendo la forma de tal.

Las hayas reemplazan á los castaños y á estas los pinos.

La roca, desnuda de toda vejetacion, se prolonga muda y solemne ennegrecida por los rayos de las tormentas.

Tan solo el águila se remonta hasta aqui para hacer su nido y mirar frente á frente al sol.

El álito de la tierra introduciendose por entre los abetos llega hasta nosotros como el aliento abrasador de un enorme monstruo, y á veces su eco repetido por estas inaccesibles cumbres parece el quejido de espíritus infernales.

El vapor no se ha atrevido todavia á invadir estas alturas para amedrentar con su insolente silvido á los Gnomos de la montaña.

Ningun arrecife ha intentado aun hacer la ma-



no del hombre por estos sitios sembrados de enormes peñascos que sacudiendo al viento sus atormentados cabellos de liquen y espinos, parecen fantasmas de mal humor que gruñendo guardan el paso. A mi izquierda, una gran roca cortada á pico me acompañaba en todo el camino amenazando continuamente al pobre vehiculo donde yo iba, el cual rodaba por debajo con mil fatigas y crujía, gritaba y gemía como temiendo á aquella espada del Damocles de nuevo cuño. A la derecha, ora una mas ó menos rápida pendiente salpicada con algunos arbolillos, ora el precipicio cortado á pico, con un sordo rumor en el fondo cual si en él se precipitara un torrente.

Fastidiosos insectos, zumbaban, y cantaban á mi alrededor.

El conductor se habia echado al hombro su blusa azul, blanca del polvo y gruñía, mas fastidiosamente aun que los insectos, una cancion monótona de la que no pude comprender mas que el estribillo, que de continuo repetía y era este.

«Con horrorosa sonrisa»

«contestábale: el diablo.»

Estas necias palabras me atacaban de los nervios.

Iba solo en el cupé, é inclinándome hácia la ventana delantera le dije:

—¡Hola! amigo, qué copla es esa que vais cantando?

El conductor hizo crujir el látigo, y luego volvió su abultada cara de color de mosto.

—Dispense V. caballero, me dijo, dilatando el horno que le servia de boca para enseñarme con una sonrisa las dos hileras de dientes que parecían sesenta y cuatro en vez de treinta y dos ¿tendría V. un cigarro que darme, por que el tabaco de mi pipa se ha consumido?

Le dí el cigarro que me pedía.

—Gracias, pues como iba diciendo esta cancion..... es una historia.

—Bravo! eso nada tiene de extraño, hay tantas historias que son canciones.

—Queréis que os la cuente?

—Tendría un placer en oírla, veamos.

## II.

—Pues allá vá; sepa V. que en este mismo sitio en donde estamos, hace ya algunos años, tantos que el abuelo de mi abuelo que murió de noventa años sano y robusto como....

—Como!... el abuelo de vuestro abuelo murió, sano y robusto?

—Quiero decir que estubo de este modo hasta que murió, pero esto no es del caso, como iba diciendo, no á mí, que aun no habia nacido, pero al padre de mi abuelo que era un chiquillo, le contaba que eso debia haber sucedido en los primeros tiempos de la infancia de su bisabuelo por lo que V. puede calcular el tiempo que habrá.....

—Dejemos el calculo para otro dia y a grano.

—Iba pues diciendo que en este mismo sitio, debajo de aquel peñasco que parece que vá á desprenderse, se apareció entonces el diablo.

—¡Diantre!

—Sí señor, un verdadero diablo con peluca, coleta, cuernos en la frente, sus calzas rojas y calzon gris con un agujero del tamaño de dos cuartos en la rodilla izquierda. Decíase además que tenia todo el aspecto de un gran señor y que tomaba tabaco, pero esto no lo creo, ¿porqué el demonio habia de tomar tabaco?

—La cuestion es grave y por cierto que no vendría solamente á estos sitios para saborear un polvo de rapé y marcharse en seguida.

—De seguro que nó, vino evocado por una mujer.

—Hola! hola! una bruja tal vez?

—Nada de eso; una jóven guapa, noble como el sol, rica como un principe.....

—Dí, como un banquero hebreo y será mas exacto.

—Cabal, y atolondrada como una yegua loca.

—Y que queria ella del diablo?

—Quería hacerse amar de un arrogante caballero el cual se cuidaba tanto de ella como yo me cuido de esa cigarra que está ahí tomando el sol.

—Bravisimo! Tu arrogante caballero era muy difícil de contentarse; bella, noble y rica; ¿que mas podia desear? en cuanto á lo de atolondrada, casi todas las mugeres lo son.

—Sí, pero es que habia otra cosa, y es que el tal caballero era demasiado escrupuloso; si yo hubiera sido, de seguro que no hubiera reparado en pelillos.

—Ah!... comprendo. Era tal vez hija de algun bandido que se enriqueció á costa de los que transitaban por estos caminos, que tal era, si mal no recuerdo, el juego de bolsa que se usaba en aquellos tiempos.

—No señor, su padre era un hidalgo muy bueno y muy querido de todo el mundo que al morir habia dejado sola á esta hija á la que nadie podia tachar en lo mas mínimo.

—Pues entonces qué era esa otra cosa?

(Continuará).

## DOLORA.

—¿Qué es lo que buscas Melchor?

—Amor.

—¿Qué pides con ansiedad?

—Verdad.

—¿Qué anhelas, dí, en tu locura?

—Ventura.



—Pues sigue con tu amargura  
y con tu lloro profundo  
y no busques en el mundo  
amor, verdad ni ventura.

—Pide más que darte quiero.

—Dinero.

—Suma y siga tu memoria.

—Gloria.

—¿Gloria?... más; vamos á ver.

—Muger.

—Pues hijo, no puede ser  
y ya que en sábio barruntas,  
sabe que no marehan juntas,  
dinero, gloria y muger.

—Me mira Irene. —¿Te mira?

—Mentira.

—Dice que su amor me alcanza.

—Esperanza.

—Me adora con desvarío.

—Hastío.

—¿Con qué es engaño? —Me río!  
ten siempre seguridad,  
que es amor en realidad  
mentira, esperanza, hastío.

—¿Qué me resta entonces! —¿Qué?  
Fé.

—Mas!... y viviré contento.

—Sentimiento.

—Quiero una gloria segura.

—Ternura.

—Decís verdad; ya me augura  
paz una estrella que sigo,  
desde que en el alma abrigo  
fé, sentimiento y ternura.

M. R. B.

MÁLAGA.

## LA VISITA DE UN AMIGO.

Todos los que me conocen saben que soy viejo pero no achacososo, alegre como unas castañuelas y vivo como un repartidor en visperas de Pascuas de Navidad.

Dicho esto vamos al cuento, ó mejor dicho á la historia, porque lo que voy á referiros ha pasado; y no en tiempos de César y Pompeyo, ni en los del sábio Salomon, sino hace ocho días.

Estaba yo, pues, el domingo por la mañana pensando que la juventud es muy hermosa por mas que algunos la tachen de lo contrario, filosofando sobre lo que se dice de que los tiempos de nuestros padres eran mejores que los nuestros, y deduciendo que lo mismo ha tronado y llovido

el año uno que el actual con corta diferencia, cuando oí dar dos golpes en el aldabon de la puerta que dá entrada á mi habitacion.

Levanteme á abrir, por que han de saber Vdes. que desde que me dejaron sin sueldo quise yo hacer otro tanto con mi criada pero esta me abandonó: desde entonces tengo que servirme á mí mismo y confieso que me vá casi mejor. Abrió pues, y ¿quién creerán ustedes que era? — ¿El cartero? — No señor. — ¿El aguador? — Tampoco. — Algun atacante? — Menos; era un amigo, D. Emeterio, jóven cuando yo era niño y por lo tanto tan viejo ó mas que yo.

A la verdad que no me disgustó verle. Sus mofletes redondos y colorados como dos tomates, sus dientes blancos y unidos, su frente con algunas arrugas pero despejada, le daban un no sé que de juvenil que se me comunicaba eléctricamente y me alegraba el corazon.

D. Emeterio es todo un hombre de campo. Renegando de la sociedad, por que no es para ella ni ella para él, se retiró á un pequeño pueblo de esta provincia donde goza de una vida apacible, criticando, bebiendo y divirtiéndose á su placer.

Yo, que no le esperaba, quedé un instante dudando si era ó nó el amigo de la infancia, pero cuando sus brazos se abrieron para estrecharme, ya no me quedó duda, era D. Emeterio y no tuve el menor inconveniente en responder á su llamada invitacion con un abrazo en el cual sufríó mi espalda algunos golpes no muy gratos.

— Usted por aquí amigo? — fué la primera pregunta que le hice y creo hacen todos cuando no esperan ver á quien están viendo.

— Yo por aquí, si señor, que vengo á ver dos cosas; primero á usted y luego á la procesion ¿no sale esta tarde una?

— Sí, la de la Victoria.

— Pues bueno, esa; me hallaba triste en el pueblo, habia muchos años que no salia de él, era pues necesario emprender este viaje á Málaga y en poco mas de una semana lo he dipuesto todo para venir. Mi muger ha llorado mucho, era natural, para ella doce leguas de camino es lo mismo que para nosotros ir de aquí á Madrid. — Y recalcó esta palabra como dando á entender que ir á Madrid era ir al Japon ó á las Californias luego continuó: — pero heme aquí sano y salvo sin haber sufrido por el camino mas que algunos mareos, efectos sin duda del movimiento del coche, y dispuesto á pasear por donde V. quiera.



—Celebro — le dije — que el estado de su salud sea tan satisfactorio y que durante su larga jornada no le haya ocurrido lance alguno desagradable, pero en cuanto al último punto de su relación, esto es, á lo del paseo, me parece que la hora solo es apropósito para pillar un tabardillo.

—Válgame Dios; desde que he puesto los pies en la ciudad, empiezo á oír hablar de tabardillos y de males; en mi pueblo se sale á todas horas y á nadie se le ocurre pensar en que siquiera pueda dolerle la cabeza.

No hubo mas remedio que ponerse el sombrero, empuñar una sombrilla y salir con mi amigo.

Eran los tres cuartos para la una: nuestro paseo no fué largo, y con todo mi amigo tan fuerte y tan acostumbrado á andar por el sol, estaba hecho un pollo de sudor, ¡cuánto hubiera dado por serlo!

Determinamos, pues, volvernos á casa alegando él que el sol de Málaga no era como el de su pueblo.

Pasamos un buen rato en conversacion y llegó la hora de comer, pero no llegaba la comida.

Tome V. su sombrero y vámonos á hacer por la vida. — le dije.

—Pero oiga V. es moda ahora en Málaga de comer con el sombrero puesto, cuando nuestros abuelos no solo se descubrian para comer sino que bendecian las viandas?

—No señor, es que yo en mi casa no tengo mas criados que mis manos y un pobre hombre que viene por la mañana á limpiarme el cuarto con que así comprenderá V. que es preciso vayamos á una fonda si queremos comer.

D. Emeterio se convenció de mis razones y como creo que mis lectores no aceptarán el convite, paso per alto las dos horas que invertimos en comer y fumar. Son pues las cinco de la tarde y vamos camino de la Victoria aunque luchando siempre con las avenidas de gente que marean á mi amigo.

Este, que no se anda con chiquitas, se asió fuertemente de mi brazo; y no hubo hombre que no lo pisase á quien mi amigo no diera las gracias con una de estas frases: *¡Qué bárbaro!* — *¡qué bruto!* — *¡vá V. ciego so animal?* Mi cara á la vista de estas escenas que á veces llegaban á ser *actos*, se parecia á la piel de los camaleones segun el cambio de colores que experimentaba.

—D. Emeterio hable V. mas bajo.

—Reniego del gran tono.

—Si eso es verdad, dé V. á su voz en lugar de ese *gran tono* un *tono bajo*.

—Sea, porque V. lo quiere, pero al primero que me pise le rompo la cara.

—D. Emeterio!...

—Ya me falta la paciencia; V. dispense, pero si hay dos aceras porque no van unos por aquella mientras los otros vienen por esta?

La procesion estaba á la mitad de la calle.

—Bravo! — exclamó — he ahí una cosa que me agrada.

Todo cambió de aspecto y mi amigo y yo nos pusimos á verla pasar.

¡Pero cuán diversamente caminaban nuestros pensamientos!

Él, solo pensaba en contar las músicas, las hachas, los estandartes, y reparar en como iban vestidos los que formaban la procesion, para luego al referirlo en su pueblo, poder dar una idea exacta del todo.

Yo, pensaba que un acto tan solemne seria para muchos en aquel momento lo que era para mi amigo.

Todo pasa y la procesion pasó.

Iba digna. Las autoridades, corporaciones, miembros del ejército, y otras muchas personas distinguidas constituian el acompañamiento.

El piquete que cerraba la marcha pasó tambien, y aquí fué Troya: D. Emeterio perdió pié, pero de tal manera que se me perdió del todo. Primero lo ví hacerme señas por encima de las cabezas de un grupo, luego le ví mas lejos, luego ya no le ví.

Empezaron á encenderse las farolas y D. Emeterio no parecia. Se encendieron todas y D. Emeterio no pareció.

Vedme aquí en busca del viejo perdido, porque no tenia de niño mas que sus niñadas, sin otra *guía* que el banderín del piquete y sin mas norte que un sombrero del siglo pasado.

La calle se fué quedando despejada y pude llegar hasta la plaza de la Victoria, no sin que antes me brindaran casi todas las de los puestos con sus avellanas y garbanzos en cambio de algunos reales.

En la plaza me detuvieron tres buñoleras, y yo que para buñuelos estaba, les contesté con algun mal modo, lo suficiente para que me pasieran de miserable y me llamasen viejo y avaro, cosa que me vuela.

Mas valia que D. Emeterio se hubiese quedado en su pueblo.

Ya me faltaban las fuerzas para buscarle.

Yo miré por todas partes, recorri la calle dos veces de punta á punta, pero todo inutilmente; ya



no sabia que hacer, cuando un conocido se me acercó y me dijo:

—Busca V. al forastero?

—Precisamente - le respondí.

—Pues hace un cuarto de hora que le vi entre la gente que está al rededor del juego de caballos.

—¿Y qué juego es ese?

—Cómo no sabeis?... le llaman algunos el ferrocarril y se compone de varios coches y caballos de madera que dan vueltas movidos por un eje céntrico, paseando á los que pagan para marearse, como yo diria, ó divertirse, como dicen otros.

—Y estais seguro de que era él?

—Tan seguro que no puede ser mas.

—Gracias, amigo mio.

Di la mano al que me dió la noticia y fui en busca de D. Emeterio.

Guiado por el ruido de un bombo y otro instrumento llegué al sitio de la funcion pero no vi lo que buscaba.

Llegando yo terminaban las vueltas de aquel turno é iba por consiguiente aminorando su fuerza el volante.

Yo creí ver visiones pero no me equivocaba por desgracia; D. Emeterio iba montado sobre uno de los caballos de madera.

Apenas me divisó cuando me dijo:

—D. Pepe, súbase V.... - y siguió jirando.

—Gracias - le respondí - al pasar otra vez, yo me mareo y no gusto de esaa cabalgatas.

—En ese caso voy á bajarme.

La máquina habia parado ya.

Diez minutos despues estábamos en la plaza de la Merced.

—¿A dónde vamos? - me preguntó.

—¿No le parece á V. que nos vayamos á casa?

—Mejor seria á la Alameda.

—La noche se ha presentado mal y temo que algun nuevo desastre venga á darnos algun nuevo fastidio.

—Cal... hombre, vamos.

Y diciendo esto me arrastró hácia ella. Una vez llegados le ofrecí con silla, pero él prefirió un poyo, y nos sentamos frente á la cochera que hace esquina á la Alameda hermosa.

Ya ven Vdes. que el sitio no ofrecia peligro alguno; pues bien; estuvimos á pique de perecer. Esto necesita una esplicacion y vamos á darla. ¿Quién podia haber intentado privarnos

de la vida? Quién? El árbol que teníamos en frente desplomándose la mitad.

Del paseo nos fuimos ya para casa, y él por el camino me convidó para la funcion de mañana en el nuevo teatro, por ser á beneficio del público y haber salido ileso.

Mañana me espera otro dia de martirio.

**Pepe.**

## TRABAJO FORZADO.

Hay personas que dicen, no trabajo, y no trabajan aunque los maten; el hombre sin embargo ha hecho que esto no llegue ha ser tan absoluto como se quiere y ha inventado un medio, creemos que en los Estados-Unidos, por el que se obliga á trabajar sin remedio. Consiste todo el descubrimiento en encerrar al perezoso en una cisterna en la cual se deja entrar agua, siendo de advertir, que dentro de la misma hay una bomba por cuyo medio puede librarse el que está allí de ser víctima; y se ha observado que todos dan á la bomba, y á los pocos momentos se vuelven tan ágiles que pueden ocuparse en el trabajo de mas movimiento. Entonces los sacan y queda terminado el castigo, aunque sin perjuicio de reproducirse en caso necesario; pero ninguno espera que se repita la escena.

En Málaga, nada de esto hace falta, pero nunca está demas dar una idea que puede utilizarse con el tiempo.

## ESPECULACION.

A un suelto que con este titulo ha publicado EL TREN, periódico de Valladolid, nada responderíamos si ya de motu-propio no lo hubiera hecho nuestro ilustrado colaborador el Sr. Fernandez Monje en su periódico EL IMPARCIAL, pues no dudamos que tan luego como los señores Redactores del TREN conozcan el pensamiento, que ha dado vida á LA CARIDAD y tengan la mas ligera idea de la clase de personas que en todo concepto en él intervienen, se apresurarán, como corresponde á su ilustracion y lealtad, á borrar hasta la última huella del impremeditado suelto.

## Solucion al enigma del número anterior. — MÁLAGA.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES, Calle de Cinteria, núm. 3.